

Casas y caserones



Escribe
Jorge Edwards

Las casas de la literatura chilena suelen ser más o menos similares. Suelen tener armarios pesados, oscuros, de corredores horribles, con candeleros adentro. Son escenarios de la ficción y son metáforas o símbolos. En muchos casos representan al país en su totalidad. Un buen ejemplo antiguo es la casa de "El loco Eusebio", la novela del final de la vida de Alberto Blest Gana. En esa casa, en plena Alameda, situada, calculo, entre la Biblioteca Nacional de hoy y el cerro Santa Lucía, pero en la vereda del sur, hay un comedor lleno de galanitos, dulces, jaleas. Hay, en seguida, un vasto jardín, un huerto, un fondo más bien impreciso, espacios donde juegan los niños de la familia y los del vecindario. Todo comienza el día en que los tropas del general Manuel Bulnes, después de haber derrotado a Yungay y a la Confederación Port-Boliviana, hacen su desfile triunfal. Mientras la gente apostada en los balcones aplaude a cubitos y en seguida se intenta a comer a destajo, los niños se reúnen junto a los muros del final del huerto y conspiran. ¿Por qué? Porque el cadáver del asesino, en este caso, cadáver metafórico, persona viviente, se encuentra cerca, escondido en una jaula, a la intemperie. Es un oficial de las facciones liberales que han sido derrotados en Lircay, un dividio de la época, un prisionero de apellido Fierro, y su hermana, la dueña de casa, para apoderarse de sus bienes y deshacerse de un pariente molesto, ha conseguido que lo declare loco y que lo pongan bajo su custodia. Ella es amante del jefe de la policía del asombrado ministro Pratales. No tiene miedo de torcerle la nariz a la ley porque se siente bien protegida. Los niños, la nueva generación, los representantes del país futuro, capitaneados por el Sr. Díaz, personaje notable, mueren en línea directa de Manuel Rodríguez, se consabirán para liberar al supuesto loco. Lo harán por sentido de la justicia, nada más que por eso. Como se ve, los grandes temas del país no han cambiado demasiado. Y la novela es el género que los pone más en evidencia. Se ha dicho hasta el cansancio, hasta la náusea, que Chile no es un país de novelas. A todo novelista chileno le han aconsejado alguna vez, o más de alguna, que se dedique, por favor, a otra cosa. Mi impresión personal, que cada cual, desde luego, tiene derecho a discutir, es que en Chile, desde hace más de un siglo, se han producido muchos textos narrativos de indudable interés, desde "Los trasplantados" y "El loco Eusebio" hasta ahora, y que las claves dirigidas, por instinto, por reacción defensiva, por desconfianza profunda, de estas el género y desconfianza o desconfianza de sus autores. Podría caber una teoría bastante completa para explicar el fenómeno, pero no tengo espacio, ni tiempo, ni demasiadas ganas. Alberto Blest Gana fue perdonado porque era un caballero de apariencia respetable, dotado de lo que siempre se ha llamado entre nosotros "buena situación", de hábitos ingleses. Joaquín Edwards Bello fue visto toda la vida como un extravagante y un inútil, un señor que pasaba comiéndose un plátano por la calle Alameda. ¿Y José Donoso, y Carlos Droguett, y todos nosotros? Inútiles indolentes, escritores, sujetos sospechosos. Si usted, claro está, gana un par de millones de dólares por cada libro que publica, su situación empieza a mejorar. Luis Sepúlveda dice que yo miro la literatura chilena desde las mansiones de La Dehesa: ¿Qué idea más patética y más insana? El la mira, me imagino, desde lugares bastante cómodos. Aunque trabaje, para citar a Dostoyevski, de humillado y ofendido.

Sigo con mis historias de cosas en la literatura nuestra, la generación del cincuenta, la mía, establecí un contraste con la novela del criollismo, que nos hablaba de poetas, de montañas, de montañas de buques. Introdujo en la ficción personajes más o menos cuantificados por el tiempo y por los territorios, intenciones que habían sido buenos y que ahora se veían corrompidos por la política. En "Casa de campo", la primera de una serie derivada del golpe de Estado de 1973, José Donoso creó la perspectiva. El escenario realista, reconocible, de sus trabajos anteriores, se transformó aquí en alegoría. Fue propiedad paternal en el país, que Donoso miraba desde la distancia, y sus niños, sus mayores, sus mayores, su desprecio y su silencio, son silencios filiales de reconocimiento. El caos alegre de los niños iba a ser suprimido, el orden de los mayores iba a ser restaurado por el mayorismo de uniforme, a quien sólo le faltaba ponerse anteojos oscuros. Esta es una casa por la que pasa el tiempo y para la historia con todos sus accidentes, con sus honores y sus episodios homínicos.

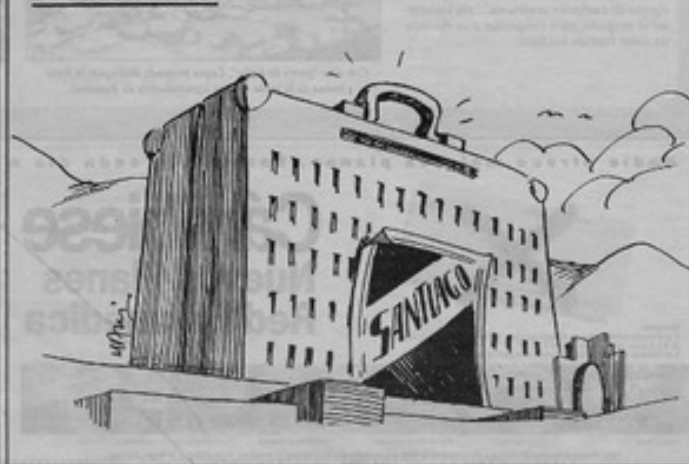
No es sorprendente que las casas de las novelas de estos años tengan pasados terribles, o hayan sido derribadas y arrasadas en un intento imposible de borrar la memoria. Así, hace poco a una representación teatral de Una casa vacía, la obra de Carlos Corda, un texto que empieza a resistir bien el paso del tiempo y la prueba decisiva de la selectividad. En cierto modo, la puesta en escena ponía en evidencia los valores de la novela, su carácter gradual, que consistía como un episodio trivial, un asunto de cortejo de prebendados, y culmina como un drama y una denuncia. Los personajes descubren poco a poco que están obligados a vivir en un sitio donde antes se practicó la lectura en forma sistemática y donde todo se ha volcado. ¿No nos ocurre lo mismo a todos nosotros? ¿La casa de la novela de Corda no cumple la misma función alegórica que el carrerón de fondo de José Donoso, no es una representación y un símbolo del Chile de hoy, un país que todavía no es capaz de exorcizar los fantasmas, los demonios de su pasado reciente?

En estos días otra novela sobre una casa chilena, **El palacio de la risa**, de Germán Marín. ¿Qué casa, qué historia, qué fondo sólido? Marín es un prisionero de guerra, loco, más bien gilero, pero que tiene tono, verdadero talento narrativo. En **El palacio de la risa** cuenta la historia de Villa Grimaldi, mansión de Petalólen que fue centro de torturas en los primeros años del régimen militar y que después fue derribada desde su base, como si una mano nerviosa hubiera querido borrar todas las huellas. El cadáver del asesino, aquí, son muchos cadáveres, son avas, son recuerdos siniestros. Pero ocurre que el narrador de la novela, un personaje autobiográfico, el propio Germán Marín, conoció la casa en épocas muy anteriores. Y evoca, además, una historia del siglo XIX, la de don Mariano Egala y sus invitados, la de don Luis Arrieta Calus y sus veladas musicales, la de algunos diálogos anteriores al golpe de Estado. En los años de la Unidad Popular, la mansión de

Petalólen era un cabaret kitsch, presidido por una especie de monigote o estatua de todos colores, de ojos encendidos, de miradas a la vista. Era, quizás, una premonición. La casa de los ilustrados chilenos de comienzos de la Independencia, la de los liberales de fines de siglo, la del diplomático uruguayo amigo del Presidente Balmaceda y que escondió, precisamente, el cadáver del asesino y el suicida en la tumba de su familia, derivaba en los confusos y dramáticos años setenta a otra situación. Era un palacio de música indirecta, suave, de escondrijos eróticos, de sorpresas, de apertivos raros, que rompía su destino final. La transformación de la casa se producía en forma simultánea, o según, de algún modo, a la transformación de las personas. Al fondo volaban los aviones del aeródromo de Tobalaba. La vida continuaba.

Itermita de espacios cerrados, de recuerdos convertidos en obsesiones, de sueños que desembocan en pesadillas. La casa en una de las grandes llaves de toda obra novelística. Y la novela de Chile está llena de casas que necesitan limpiar y matar, o de sitios donde se levantaron mansiones y donde sólo queda alguna piedra, restos de una planta de roble, fragmentos de una estatua rota. La novela de Germán Marín tiene un aire retrospectivo, provocado por el desarrollo de una curiosidad, de una investigación, en último término, de una angustia. El narrador regresa a Chile después de un largo exilio y parte en busca de la mansión señorial, con fuentes y estatuas, con imponentes vitales, con un vestíbulo de ceremonia, que conoció en su infancia, debido a su amistad escolar con el hijo de los dueños. Lo que encuentra es un escenario devastado, una mutilación. Nosotros sabemos de todas estas cosas, y a veces nos gusta saber demasiado. Los chilenos desconfían, por eso, de las novelas. Aunque los lean, he descubierto que la importancia de novelas estuvo prohibida durante décadas en los primeros tiempos de la República. Un gran defensor del género, aun cuando no lo practicaba, fue Andrés Bello. Escribió apasionados alegatos destinados a demostrar que la literatura narrativa no era necesariamente corruptora. No consensó del todo a sus contemporáneos, y parecería que sigue sin consensar. Don Andrés visitaba a don Mariano en su mansión de Petalólen, la Villa Grimaldi de los años setenta, el Palacio de la Risa de los setenta. ¿Qué habrían dicho don Mariano, don Andrés, don Luis Arrieta, si hubieran conocido el destino final de la propiedad? Fue mejor, sin duda, que no lo supieran.

Predestinado



Casas y caserones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Casas y caserones [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile